



CAPÍTULO XXXII

Vida privada de Colon.—Su carácter providencial.—Leyenda de San Cristóbal.—Paralelo entre Colon y Moisés.—Santidad de Cristóbal Colon — Milagros de una cruz puesta por él.

Hasta el presente, sin detenernos á examinar filosóficamente los hechos de la vida de Colon, nos hemos concretado á narrar los principales. Ahora considerémoslos en conjunto.

Pero en vano intentaríamos aplicar á Cristóbal Colon los nuevos principios de la escuela racionalista pura, fundadora de la filosofía de la historia, y contener nuestras apreciaciones en las sistemáticas reglas de la moderna biografía, igualmente inspiradas por ella. La vida de Colon es de todo punto imposible someterla á esta norma pedantesca, porque es su contradicción, y porque además, la imperiosa de la escuela racionalista pura sólo pueden acatarla esos escritores que se creen filósofos, porque son áridos de estilo, carecen de atrevimiento, y van su camino negando siempre, no afirmando jamás y dudando perpétuamente. La historia del inventor del Nuevo-Mundo no puede empequeñecerse hasta el punto de entrar en ese sistema, verdadero lecho de Procusto, á cuya medida se quieren reducir todas las cualidades humanas, aun cuando sea á costa de las más crueles mutilaciones, y dislocando los sucesos mejor establecidos.

En manera alguna podemos admitir la opi-

nion de Navarrete así fundada, cuando al juzgar á Colon, dice que «sus defectos fueron lo propio de la naturaleza humana, y probablemente el resultado de la educacion que recibió, carrera que abrazó y patria en que nació, en la cual, el tráfico constituia el principal ramo de riqueza, tanto pública como particular;» (1) porque no creemos en la trasmision de las buenas ó malas cualidades de un pueblo á los individuos que le forman, pues en ese caso cada parte adoleceria del mismo carácter y predisposicion del todo. La experiencia desmiente esta vulgaridad, considerada en abstracto, y descendiendo á pormenores, ninguna tendencia de traficante se advierte en los actos de la vida de Colon.

Tampoco aceptamos la opinion de Washington Irving, basada en el mismo sistema. «Los

(1) Navarrete supone en Colon el instinto mercantil, la proverbial sutileza de los genoveses, dice que habla Humboldt; pero Colon, ni comerci6, ni posey6 jamás, ni en ningun acto de su vida descendió á sutilezar, porque la sutileza, no es otra cosa que la falsedad aforrada y ésta no es la armadura de los fuertes. *Armatura fortium*. Véase Navarrete, *Coleccion*, etc. Introduccion, § LVII.

grandes hombres son un compuesto de flaquezas y virtudes; su grandeza tiene su principal origen de la lucha que sostienen con las imperfecciones de su carácter, y sus más nobles acciones son á veces resultado del choque de opuestas cualidades» (1).

Con semejante método jamás se podria escribir la vida de un santo, sobre todo si fué de ingenio, si pensó ú obró en circunstancias criticas y en un puesto elevado, porque siendo así, debió naturalmente, cometer flaquezas, manifestar defectos, puesto que, en el hecho de ser hombre, es una mezcla de virtudes y de flaquezas. La escuela de la filosofía de la historia no admite nunca que un hombre sea diferente de los demas en el principio de su carácter é inclinaciones, sólo que estas cualidades, malas ó buenas, sean más pronunciadas unas que otras, segun los rasgos que distinguen su individualidad. Por eso, no pudiendo explicar humanamente la sublimidad del lenguaje de Colon, en la vision de Veragua, asombrado de la diction majestuosa del viejo marinero, ántes que reconocer en ella la grandeza de su alma, se atreve Humboldt á emitir la siguiente extraña opinion: «La elocuencia de las almas incultas, arrojadas en medio de una civilizacion avanzada, es como la de los tiempos primitivos. Cuando se sorprende en hombres superiores y de gran temple de corazon, pero poco familiarizados con las riquezas de una lengua, y de las cuales se sirven en uno de esos arranques impetuosos que, por su misma violencia y espontaneidad, se oponen al libre trabajo de la imaginacion, se ve que tienen esa tinta poética propia de la elocuencia de los tiempos antiguos» (2). De lo cual se infiere naturalmente que, cualquier hombre de corazon y poco práctico en el castellano, puede en un caso

(1) ¿Es como decir que la flaqueza es madre de la energía, la debilidad de la bravura! Pero ¿cómo es posible que el choque de cualidades opuestas á las acciones nobles, y que forzosamente ha de dar por resultado el vicio, pueda engendrar la virtud? Obsérvese, pues, á qué absurdos se remonta el moderno sistema biográfico, y de qué insensateces se pagan los adeptos de la escuela racionalista.

(2) Humboldt, *Exámen critique*, etc., L. III, p. 240 y 241.

análogo tener el mismo lenguaje de Colon.

El escrito más reciente que ha visto la luz en Francia sobre el almirante, es tambien una prueba de tan sistemática manera de apreciar los hombres. En un extenso y erudito libro, el sabio director de la *Nueva Biografía general*, doctor Hoefer, dice: «Los grandes ingenios, como los demas mortales, participan ante todo de la naturaleza humana y de la época en que viven, y los historiadores, cuando consideran lo pasado por el prisma de lo presente, nos dan una idea muy falsa de ellos. Por eso nos presentan á Colon como inspirado del deseo glorioso de servir á la humanidad mientras que nunca tuvo semejante ambicion, sucediéndole en esto como á Gutenberg y Schœffer, sus contemporáneos, que vendian por manuscritos los primeros libros impresos.

«Colon, ántes de lanzarse al Océano, cuidó de estipular para sí y sus herederos un tratado ventajoso: hé aquí el hombre. Su inmediato deseo, era el de llevar la fe católica hasta los antipodas y arrancar el Santo Sepulcro de manos de los infieles: hé ahí el espíritu del siglo» (1).

Segun esto, Cristóbal Colon no fué otra cosa que el reflejo, la encarnacion de las ideas de su época.

La observacion de los hechos, y la imparcialidad histórica, lo mismo que la doctrina católica, reducen á la nada tales teorías. La historia de la Iglesia desmiente en cada una de sus páginas tan pretenciosas y absolutas afirmaciones. Porque si bien es cierto que ningun hombre puede evitar completamente el influjo de las ideas que predominan en su época y en cuyo foco vive, y asimilarse tan sólo aquello que es verdadero cuando respira el error, y manifestarse siempre grande cuando está en perpétuo contacto con la bajeza, tambien lo es que la Divina Providencia, esa fuerza invisible que guia a los hombres á pesar de su resistencia, obra sobre ciertas almas y parece modificar la naturaleza. Auxiliado así, el hombre, se apodera de cosas á las cuales no se le creia

(1) Entrega 103, art. COLON. Fermin Didot editor.



destinado naturalmente, pues ni su educacion, ni su ciencia adquirida, ni su tacto podian prometérselas. Bastaria recordar solamente al sublime San Juan evangelista, hombre sin educacion y sin principios literarios, para echar por tierra el sistema de la moderna filosofia de la historia. ¿Qué se percibe en San Juan, el hijo de la luz, el discípulo querido de Jesús, de las ideas judáicas ó romanas de su tiempo? ¿A qué época de la literatura, y á qué escuela pertenecen sus colegas, los redactores del Evangelio, obra sin ejemplo y sin imitacion posible, tan desemejante á las producciones de las lenguas antiguas como á las tradiciones del docto Oriente, y sin embargo, tan comprensible á todos y maravilloso? ¿Que se nos diga cuál fué el modelo de tan singular género de exposicion histórica, de narracion tan candorosa al par de convincente por el sello de verdad que lleva impreso, lo ingénuo de las imágenes, y el atractivo incomparable de la divinidad!

Procediendo con arreglo á su teoría no puede la escuela racionalista explicar el Evangelio, ni tampoco sus propagadores, los apóstoles y mártires, los héroes, en fin, que admiramos en la historia de la Iglesia, libro que nos ofrece diez y ocho siglos de observacion, de experiencia, de vida activa y bienhechora, que ocupa un lugar tan preferente en el mundo, que forma parte tan principal en la constitucion de las naciones europeas, que es una tradicion eterna, y la negacion de los principios de la filosofia de la historia. Porque de generacion en generacion, durante el discurso de mil ochocientos años, la Iglesia ha producido hombres admirables y perfectos, perfectamente dignos de alabanza que han justificado aquellas memorables palabras: «Dios es admirable en sus santos;» y estos hombres perfectos, estos santos, para llamarlos por su nombre glorioso, nos parecen, lo mismo que la Iglesia, imposibles de explicar por la filosofia de la historia, la cual, para darse razon de aquellos hechos, cuyos felices resultados escapan á los cálculos de la ciencia, y á las meditaciones de los sabios, se vé obligada á echar mano de la casualidad, negando para ello el sobrenatural

influjo de la Providencia, sin que, además, le arredre el temor de incurrir en contradicciones, de sacar de quicio las leyes de la razon y de dar en tierra con las reglas de lo justo y las nociones de lo bello. La moderna filosofia de la historia no es otra cosa, para decirlo de una vez, que el fatalismo aplicado á la narracion de los sucesos del mundo.

Los escritores imbuidos de este sistema, para someter á Colon á su teoría, aceptan complacientes cuantas calumnias y errores pueden contribuir á rebajarlo y ponerlo al nivel de los otros hombres. Por eso lo acusan (1) de ingratitud, de vanidad pueril, de ignorancia, de avaricia, de falsedad, de amancebamiento y de entusiasmo religioso, lo cual es, á sus ojos, el mayor de sus defectos y debilidades. Sin embargo, el irresistible poder de la verdad los vence hasta el extremo de hacerles admirar su paciencia, su energía, su inalterable virtud, su desinterés y su magnanimidad; de modo que, á pesar de su sistema, Colon puede ser todavía un prodigio de grandeza moral, puesto que reúne todas esas condiciones. Pero ninguno de esos escritores presiente el carácter providencial de Colon, ni parece reconocer su mision cristiana.

(1) Humboldt califica á Colon de ingrato con Martín Alonso Pinzón, y lo acusa de «odiar con disimulo al jefe de esta familia, á la cual tanto debía.» *Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent*, t. III, § 2, pág. 180-81. En prueba de este odio por tanto tiempo disimulado (por tanto que sólo se manifestó por medio de la clemencia y el olvido), dice que, el almirante, cometió la ruindad de imponer el nombre de río de la Gracia á aquél á el cual Martín Alonso dió su nombre, y «llegó diez y seis dias ántes que Colon.» Pero el Sr. de Humboldt se olvida, tal vez, que Martín Alonso llegó al río por desercion, doblemente criminal, puesto que abandonó á su jefe para dedicarse al tráfico del oro, y no se descuidó de carenar su buque que tanto lo necesitaba. ¿Podía el almirante permitir que se consagrara con el nombre de *Martín Alonso*, un río que recordaba un crimen? ¿Cuándo se ha visto imponer el nombre de un desertor á una tierra descubierta? Colon llamó al río, de la Gracia, sin duda porque allí hizo gracia á Martín Alonso del castigo que merecia por su traicion, y á tal punto llevó su magnanimidad, que no puso en noticia de los reyes el crimen de su oficial. Esta conducta del almirante es admirable; ¡y, sin embargo, Humboldt lo acusa!



Digámoslo por última vez: ese sistema de filosofia, concebido en Alemania, amamantado por el protestantismo é introducido y aclimatado en Francia durante los primeros años de la Restauracion, no puede, en manera alguna, adaptarse al descubrimiento del Nuevo Mundo, ni tampoco á la vida de su revelador. Porque por más empeño que pongan sus partidarios en empequeñecer los hombres y dislocar los sucesos, lo sobrenatural brilla, y hace imposible oscurer el esplendor de la Providencia con las tinieblas de la casualidad.

Cristóbal Colon, el apóstol de la cruz, el mensajero del catolicismo, el hombre que, por excelencia, reasumió las ideas y el fervor militante de la Edad Media, no puede ser comprendido y apreciado sino por los católicos, y en manera alguna por los incrédulos.

Colon es un sér excepcional, que no puede compararse con ninguno de los grandes personajes de la historia.

Mucho se equivocan aquéllos que, despues de haber leído los Santos Evangelios y los Hechos de los apóstoles, creen conocer la historia completa de nuestro Señor Jesucristo. Porque su discípulo querido, al concluir de referirnos la vida del Divino maestro, dice claramente que hizo algo más, y que los libros que sobre ello se escribiesen llenarian el mundo, y porque, además, la sola razon indica, de una manera clara y evidente, que los sucesos narrados por los evangelistas no pueden abarcar con la debida extension, no ya la vida entera de Jesús, pero ni aun los tres años de su predicacion y enseñanza.

Del mismo modo, los que crean haber leído aquí la vida completa del discípulo de Jesucristo, Cristóbal Colon, se equivocan, porque Colon ha hecho, ha dicho y ha escrito infinitas cosas que no serán nunca repetidas, leídas ni conocidas de los hombres. Colon no gustaba de entrar en detalles, y decia que no trasladaba al papel ni la centésima parte de lo que le sucedia. Nosotros hemos tenido más de una vez ocasion de comprender esta verdad.

Agréguese á esto la mala voluntad de sus contemporáneos, y la pasion de que se hallaban poseídos los historiadores españoles, particu-

larmente á los de la época de Fernando el Católico y de su nieto Carlos V, los cuales, por temor de incurrir en el desagrado real, tocaron muy por encima cuanto concernia á Cristóbal Colon. Llegóse á decir que, en realidad, él nada habia descubierto, y que, el descubrimiento de América fué cosa fácil y de antiguo prevista. Damian Goes, en su genealogía de España, ni aun se toma el trabajo de nombrar á Colon, cuando trata del descubrimiento del Nuevo Mundo; Juan Vaseos, docto hebráico y jurisculto que habia venido á Sevilla, á ruegos de Nicolás Clenard y de Fernando Colon, al ocuparse en el prefacio de las crónicas españolas del Nuevo Mundo, ni siquiera se acuerda del nombre de su descubridor. Y á tal extremo llegaba el olvido y la indiferencia de que era víctima, que el proto-notario Pedro Mártir creyó deber protestar contra ella y dejar consignado en sus *Décadas Occánicas*, que él habia sido el primer descubridor de las tierras de Ultramar (1).

En pos de los afiliados de la Contratacion de Sevilla, venian los cortesanos que no gustaban de ver que un extranjero hubiese adquirido con el dinero de Castilla tanta gloria, y que buscaban en todas ocasiones el modo de rebajar el mérito y la importancia de sus empresas, para estarle ménos obligados. Luégo seguian los hombres de estado de Aragon, los que asidos todavía á las antiguas tradiciones se habian opuesto sistemáticamente á la expedicion, por considerar quiméricas, estériles y ruinosas tales conquistas, y que no podian perdonarle el mentís que les dió (2). Y si á esta mayoría de hombres de reconocida importancia se une los palaciegos ansiosos de adivinar la enemiga del rey, se comprenderá más fácilmente que los historiadores contemporáneos de Colon, sobre todo los cronistas, debian estar llenos de animosidad contra él. La pasion que todavía ad-

(1) Defraudare virum et admittere scelus mihi viderer inexpiabile, si labores toleratos, si curas ejus perpessus, si denique decrimina que subivit ea navigatione, silentio preterirem.—Petry Martyris, *Oceanica* etcétera, *Décadis III, liber IV*.

(2)—Colon, *Relacion á los reyes etc.*, sobre el tercer viaje.



vertimos al cabo de tres siglos en D. Martín Fernández Navarrete, su manera de juzgar á los enemigos de Colón, la timidez con que los califica, la debilidad con que los justifica, nos dice bastante claro cuánto se temió decir la verdad, y cuánta prevención ha habido contra este grande hombre.

Hé aquí de qué manera el archicronista imperial Oviedo juzga al miserable comendador Bobadilla, que tuvo la osadía de poner grillos á Colón:

«Determinaron SS. AA. mandar un caballero, antiguo servidor de su casa, para gobernador de la isla, hombre por cierto muy honrado y religioso, cuyo nombre era D. Francisco de Bobadilla, de la orden de Calatrava, el cual, no bien hubo llegado á la ciudad, hizo prender al almirante, á D. Bartolomé y á D. Santiago Colón, sus hermanos, y con grillos los embarcó á cada uno en un buque diferente. De esta manera vinieron á España y fueron entregados al corregidor de Cádiz, en cuyas manos permanecieron hasta que SS. AA. dispusieron otra cosa. Dicen algunos que los reyes no habían mandado al comendador Bobadilla prender al almirante, y que él solo fué á la Española para tomar residencia é informarse de la rebelión de Roldán y sus compañeros. Sin embargo, fuese ó no por mandado de SS. AA., lo cierto es que él mandó prender á los Colones y los despachó para España, continuando en la isla de gobernador, cargo que desempeñó en buena paz y justicia hasta el año 1502 en que fué relevado y recibió la orden de venir á España» (1).

Al dar cuenta de estos tratamientos, que no pueden ménos de indignar á los hombres generosos, Oviedo no tiene una palabra de simpatía para Colón, ni de censura para Bobadilla; y tan incalificable insensibilidad, é indulgencia no ménos incalificable hácia un acto que indignará á la posteridad, manifiesta suficientemente la secreta antipatía del castellano Valdés contra el genovés Cristóbal Colón.

Pero si se desea otra prueba de la pasión de Oviedo, escuchemos su juicio sobre el hipócrita

(1) *Histoire naturelle et générale des Indes*, lib. III, cap. VI. Traducción de Juan Pouleur.

y sanguinario Ovando, que en medio de una fiesta hizo asesinar á la indefensa población de Jaragua, y con la apariencia judicial encubrió su inicuo proceder con la hermosa reina de Haití, la noble Anacaona.

«He oído decir á muchos testigos dignos de fe, y también á otros muchos que aún viven, que jamás hubo en las Indias un hombre que le haya excedido en la realización de aquellas cosas oportunas al buen gobierno de las mismas, ni que reuniese, como él, todas las condiciones que hacen apreciables á los que ejercen cargos públicos.

»Porque era muy devoto, buen cristiano, limosnero, caritativo con los pobres, dulce y cortés con todo el mundo; pero con los malos, era tan riguroso como debía. Favorecedor de los humildes y necesitados, severo con los soberbios y altaneros, y castigador de los que faltaban á la ley, pero con temperancia y moderación, supo gobernar la isla en buena paz y justicia, haciéndose amar y temer de todos. Además, protegía muy especialmente á los indios, sin dejar de ser por eso un padre para todos los cristianos que militaban bajo su mando.

»Daba buen ejemplo con su vida, como caballero religioso que era, y de gran prudencia y saber» (1).

Cuando se halla que un hombre como el comendador Ovando «era buen cristiano, limosnero, caritativo, dulce y cortés con todos,» es preciso, por oposición, manifestarse severo y hasta injusto con el justo; porque quien alaba el crimen que triunfa, no puede condolerse de la virtud escarnecida.

No habrán olvidado nuestros lectores el asunto proceder de Ovando con respecto á Colón, después de su naufragio en la Jamaica, y los disgustos y agravios con que lo mortificó mientras lo tuvo en su casa. No obstante, Oviedo calla todas las ofensas que sufrió el almirante, pero no se descuida en presentarnos al comendador festejándolo hasta el momento de su partida (2).

(1) Oviedo y Valdés, *Histoire naturelle*, etc., traducción de Pouleur, lib. III, c. XII.

(2) Oviedo y Valdés, *Historia natural*, etc., lib. III, cap. IX.



El último y más violento calumniador de Colón en España, D. Martín Fernández de Navarrete, hace también el elogio de Bobadilla; y para acreditar la opinión de Oviedo, se apoya en el testimonio del P. Las Casas, que dice «no haber jamás oído cosa ofensiva para él, ni aun después de su separación y de su muerte» (1). Luego da tormento al sentido de lo que dice Oviedo para poder acusar á Colón de *faltas ocultas* que eran la causa secreta del castigo que los reyes le imponían, y añade que sus altezas lo trataron con afecto y lo perdonaron! No es posible llevar más lejos la impudencia y la mala voluntad.

Oviedo, sin embargo, no habla ni de favor ni de gracia; y si bien da cuenta de la opinión de los enemigos del almirante, dice á renglón seguido y como correctivo: «Lo más cierto de todo es que nunca han faltado los murmuradores y envidiosos en el mundo, principalmente en esta tierra, que tan lejana está del rey» (2). Navarrete formula un cargo contra Colón por haberse acercado á Santo Domingo en su cuarto viaje, cuando buscaba el modo de cambiar ó carenar la *Gallega*, y dice: «El almirante, á pesar de esta insinuación de SS. AA., insinuación que le hicieron con tanta dulzura y sólo como un consejo, cuando hubieran podido prohibírsele terminantemente, se presentó, sin embargo, en la Española, y quiso abordar» (3).

Es evidente que, para encubrir las faltas del rey D. Fernando y hacer ménos odiosos los excesos cometidos en la conquista de las Indias, los escritores del gobierno español han desnaturalizado sistemáticamente la historia de Colón, rebajando y calumniando á los indígenas más dignos de interés, tales como el noble y fiel Guacanagari (4) y la ingeniosa Anacaona, dos de los soberanos que dispensaron mejor acogida á los de Castilla, difundiendo, á falta de

(1) Las Casas, *Historia general de las Indias*, libro II, cap. VI.

(2) Oviedo y Valdés, *Histoire naturelle*, etc., libro III, cap. VI.

(3) Navarrete, *Viajes*, etc., t. I, introducción, § LXIII.

(4) W. Irving reconoce que «Ovando ha denigrado á este príncipe.» *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, lib. VIII, cap. VIII.

otra cosa, contra el almirante insinuaciones maliciosas acerca de su carácter, y omitiendo, de propósito, los detalles edificantes de su vida, que hubieran revelado toda su grandeza cristiana y puesto más en claro el inicuo proceder de D. Fernando. Esta parte de la historia de Colón, que puede llamarse espiritual, la calló por un exceso de modestia su hijo, y jamás se ha ocupado de ella ningún biógrafo; todos la han desdeñado hasta el punto que, el cronista imperial Oviedo, por quien tenemos detalles circunstanciados acerca de la muerte de D. Diego, primogénito del almirante, apenas indica la fecha de la suya. Pero ¿cómo se hubiera atrevido el historiador oficial á hablar de un virey á quien se negaba su título, de un almirante despojado de su escuadra, de un gobernador general privado de su gobierno?

Sin embargo, la suprema pureza de Colón, la grandeza casi sobrehumana de sus hechos y la influencia que adquirió en los nuevos destinos de la nación, hizo confesar á estos parciales escritores que la antigüedad hubiera erigido templos al semidios que descubrió el Nuevo Mundo, que merecía una estatua de oro macizo por haber llevado la fe católica á las Indias y contribuido tanto á difundir en ellas la religión del Crucificado (1), y de esta manera, aunque sin atreverse á declararlo francamente, reconocieron la misión apostólica de Cristóbal Colón.

Tan vergonzoso silencio nos impone el deber de manifestar todo cuanto esperaban ocultarnos, de reconocer claramente el carácter especial de Colón, de establecer de una vez para siempre el papel que le designó la divina Providencia, y de enumerar las señales de amor celestial con que el Altísimo lo distinguió de los demás hombres.

Para comprender y juzgar mejor la vida pública de Colón, nada es más oportuno que examinar primero su vida privada. Penetremos, pues, en su hogar, y por un instante retrocedamos á Génova.

El rasgo más característico de Colón, el que constituye, por decirlo así, su fisonomía moral

(1) Oviedo y Valdés, *Historia*, etc., lib. VI, capítulo VIII.